

EL VERDADERO VIRTUOSISMO DE UNA ORQUESTA DE CÁMARA

La actuación de la orquesta de Cámara Eslovaca ofreció anoche un concierto en el principal, que habrá de registrarse de manera destacada entre las actuaciones de grupos idénticos dentro de los anales de la sociedad de conciertos. A nuestro entender, no se trata de una orquesta de Cámara más, sino de una de las más importantes que actúan en Europa en estos momentos: si hay que decir que Warchahl, su director, es un virtuoso del violín, habría que añadir a renglón seguido que los otros once intérpretes del conjunto no desmerecen.

Se inició el concierto con la sinfonia número 2, en Sol mayor, de Vivaldi, probablemente una de las obras del programa que mostró más a las claras la buena forma de hacer de esta orquesta, magníficamente conjuntada y con sensibilidad, que se manifestaba brillantemente en cada uno de los movimientos.

La orquesta se mueve con la misma gracia y soltura en los Allegros que en otros movimientos más profundos y reposados. El concierto para tres violines de G. Telemann fue seguramente la obra más aplaudida por el público, que supo captar la alegría vibrante del primero y tercer movimiento, pero también toda la profundidad del segundo, "largo", que alcanza sonoridad como si de toda una orquesta instrumentalmente más completa se tratara.

Por otra parte, la obra de Telemann abona lo que decíamos más arriba sobre el virtuosismo de cada uno de los miembros de la orquesta de Cámara Eslovaca, dado que la actuación de los solistas permite ver mucho más claramente, sin arropamientos de conjunto, su particular forma de ejecutar.

La orquesta que vimos actuar anoche supera con mucho la mera ejecución material, el preciosismo formal que pudiera convertirse con un virtuosismo mal entendido. Porque no se limita a ejecutar, sino que vive lo que ejecuta. Es de ahí de donde nace el sentimiento que se comunica al espectador.

Los aplausos cálidos y prolongados al final del concierto y los que subrayaron cada una de las obras ejecutadas, son prueba fehaciente de cómo la orquesta supo transmitir a los oyentes toda la brillantez, la belleza del conjunto de obras, muestra selecta de autores de los siglos XVII y XVIII, que formaban el programa. A los aplausos del público correspondió la orquesta ejecutando una pieza fuera de programa.